

caer con las noticias falsas que comunicó á su llegada á la capital respecto de Querétaro. Y no es que yo quiera atribuírsela, sino que él la asumió voluntariamente desde su entrada en la capital; y esa responsabilidad no consiste sólo en el engaño que sufrieron momentáneamente, tanto el gobierno como el ejército y la población, sino en la sangre que se derramó los días subsecuentes por causa de Arellano: puesto que, como el presidente del consejo de estado tenía en su poder la abdicación del Emperador con orden de publicarla, luego que le constase de una manera evidente que estaba preso S. M., claro está que así lo habría verificado si Arellano, al llegar á México, hubiera referido la verdad; y entonces, si yo no dejaba las armas de la mano, porque tenía que cumplir la voluntad del Emperador, hubiera sido mía la responsabilidad de cuanto hiciera para llenar mi deber; pero Arellano habría quedado con su conciencia tranquila, porque había cumplido el suyo como hombre de bien, diciendo la verdad; mientras que así, por haber mentido, cae sobre su cabeza toda la sangre que se derramó desde su arribo hasta el último día.

Por lo demás, todos saben que lo que se hizo en México era cuanto se podía hacer.

Miente mi detractor al decir "que aproveché los últimos días en despojar á los ricos á quienes se había pedido rescate." Ya he dicho que nada se pidió: lo que se hizo fué sólo cobrar por la hacienda pública lo que se adeudaba al erario nacional.

No es cierto que el ministerio me interpelara y mucho menos me extrañara por las falsedades de Arellano; ni que yo ofreciese averiguar la verdad y mandar fusilar al falsario. Cada vez me convenzo más de su ignorancia, así como de que no me conoce. Aquí me pinta haciendo un papel degradado, y ese no lo hago nunca: aquí aparece que yo no comprendía mi posición; y gracias á Dios la comprendo siempre y sé tenerme en mi lugar. Yo no me dejo interpelar nunca y mucho menos extrañar de quien no tiene autoridad para hacerlo: era yo el jefe del Imperio en delegación del Soberano, y no podían los ministros interpelarme y menos extrañarme. Ni yo debía, ni tenía necesidad de ofrecerles nada, porque no era su subordinado. Si hubiera habido tiempo para enjuiciar al impostor y juzgarlo en consejo de guerra, yo habría tenido cuidado de mandarlo, sin necesidad de que nadie me lo dijera; y si el consejo le hubiese sentenciado á muerte, la sentencia se hubiera ejecutado en el acto; mas por

desgracia las falsedades de ese hombre funesto, no pudieron descubrirse, hasta que murió el Emperador, cuyo acontecimiento puso fin al sitio de México, terminó todo é hizo imposible proceder contra el criminal que se salvó por esa circunstancia, puesto que no se pudo ya aplicarle el castigo que merece y que habría sufrido irremisiblemente.

Termina este capítulo mi calumniador, quejándose de que no le avisé á tiempo mi separación del gobierno, para ocultarse. Si él hubiera estado á mi lado como debía, lo hubiera sabido; pero si desde antes se había ocultado ya, ¿dónde lo podía yo de encontrar?

XX

¿Obré de acuerdo con el general Porfirio Díaz? *

He aquí la cuestión que presenta Arellano en el primer párrafo de su capítulo XX: "¿Preparó Márquez su venganza y consumó su crimen de acuerdo con los republicanos?"

Es tan necia la cuestión que no quisiera ni ocuparme de ella ¿quién que me conozca podrá tener semejante idea? ¿quién pudiera pensar en tal calumnia? ¡Ah! más justos han sido conmigo en este punto los liberales, en todos tiempos, porque siempre han confesado la convicción íntima que tienen de la firmeza de mis opiniones políticas; en que no he cambiado nunca, ni cambiaré jamás; y por esto es que me han hecho toda mi vida una guerra encarnizada, persiguiéndome de todos modos para hacerme desaparecer, hasta el grado de declararme en unión de mis compañeros, fuera de la ley, en nuestras personas y propiedades, poniendo á precio nuestras cabezas. Ley fué aquella dictada por el odio y el encono; ley sanguinaria, inmoral y bárbara, que ante el mundo civilizado deshonraré siempre al congreso que la dió; que pugna con el derecho de gentes, que nos puso en el caso de arrojar la vaina de nuestra espada para pelear hasta alcanzar justicia ó morir con gloria; y que no dió otro resultado á sus autores, que complicar la situación, hacerla más difícil y ensangrentar la guerra siendo su primera víctima Valle, cuya muerte, además de ser debida á la ley de conspiradores, que á dicho individuo comprendía, acaeció

* Resumen del capítulo respectivo del libro de Arellano:—¿Tomó Márquez su venganza y consumó su crimen, de acuerdo con los republicanos?—Los hechos responden afirmativamente.—Defensa de López.

precisamente en los momentos en que se acababa de dar aquella ley, de la cual fué una consecuencia natural. Atendidos estos antecedentes, ¿era posible que yo estuviera de acuerdo con los republicanos, que me han odiado siempre, con toda la fuerza de su voluntad; que nunca han tenido otro deseo respecto de mí, más que el de saciar su venganza, quitándome la vida y que siempre han trabajado asiduamente para lograr este fin, por cuantos medios han estado á su alcance?

Siento con toda mi alma que la necesidad de probar las falsedades de mi calumniador, me haya obligado á recordar estos hechos, que quisiera relegar al olvido. Terminada mi vida pública, resuelto á no mezclarme más en la política, lejos de mi patria y condenado á morir en el destierro, mi único pensamiento es la felicidad de mi país, aun cuando yo no goce de su hermoso cielo; la tranquilidad de mi conciencia y la rectitud de mis intenciones me dan la calma y la resignación necesarias. No abrigo resentimiento contra nadie, no me quejo de nada; sufro mi suerte en silencio; perdono á mis enemigos y bendigo á Dios porque ha dado á mi corazón estos sentimientos. Conozco demasiado los efectos y las consecuencias de la guerra civil, que es la plaga mayor de las naciones, y por eso deseo que acabe para siempre en mi patria, y que después de las lágrimas y el luto en que por tantos años ha estado sumergida, luzca, por fin, risueña, entre púrpura y oro, la aurora de la paz, inaugurando una era de prosperidad y dicha para mis compatriotas, que unidos todos bajo la bandera nacional, hagan la ventura y el bienestar de México.

Lo más tonto de Arellano al presentar esta cuestión, es la suposición de que yo traicioné para salvar mi vida, ¿qué atractivo puede tener para mí, mi existencia que ha estado siempre llena de desgracias y peligros, animado yo de las mejores intenciones y sin poder ver jamás feliz á mi patria, trabajando con el mayor afán y lleno de abnegación y buena fe, y sin recibir nunca en recompensa, más que la negra ingratitude que he tenido que deplorar en las prisiones, en los encierros, en las montañas y en los destierros; siempre perseguido, siempre calumniado y siempre siendo el juguete de un destino cada vez más adverso? ¿para qué quiero esta vida, ni qué amor puedo tenerle? ¿no la he expuesto siempre en las acciones de guerra y no lo ha visto Arellano? Además, ¿qué necesidad tenía yo de pedir este fa-

vor, cuando puedo conservarla, como la he conservado hasta ahora, con la espada en la mano ó saliendo del país?

Dice el hombre que me calumnia, que la traición no ha dejado rastro por el cual se encuentre alguna prueba de mi connivencia con los enemigos. Es decir: *que él mismo declara que no existe prueba alguna*; y sin embargo, deja correr su pluma en una serie de reflexiones, tan faltas de fundamento, como torpes y contradictorias. Dice que yo conduje al Emperador á Querétaro con el fin de que Porfirio Díaz pudiese atacar á Puebla, que sin contar con grandes elementos de defensa, tendría que sucumbir naturalmente. Y ya queda probado lo contrario por el mismo Emperador en su proclama de San Juan del Río, en la cual expresó que marchaba á Querétaro por su espontánea voluntad, para cumplir el deseo que tenía mucho tiempo antes de ponerse á la cabeza del ejército. Sabido es que luego que salí de la capital con el Soberano, mandé en su nombre la orden á México, por duplicado, para que se replegase á dicha ciudad la guarnición de Puebla, con objeto de libertarla de una desgracia; y sabido es también que luego que volví á México, mi primer cuidado fué marchar á Puebla para salvarla.

Dice luego Arellano que "yo hice al Emperador cambiar su *cuartel general* del cerro de las Campanas al convento de la Cruz, la víspera de la batalla del 14 de marzo, y que hubo la coincidencia de que en ella eligiesen los enemigos para su ataque, los dos frentes, el del Este y el del Norte, siendo la llave del primero el panteón que yo había dejado libre, y la Cruz la llave de la plaza."

Para hablar tan tontamente, se necesitan dos cosas: primera, no ser soldado; y segunda, ser muy pícaro. ¿Pues qué, no sabe Arellano que el cuartel general debe situarse siempre en el punto más á propósito para observarlo todo y poder dominar la situación? ¿llenaba estas condiciones el cerro de las Campanas desde el momento en que el enemigo acabó de establecer su sitio? ¿qué se quedaba haciendo el Emperador en aquel cerro, cuando ya no tenía allí objeto alguno? Además, ya hemos visto que el Soberano, teniendo esto presente, cambió su cuartel imperial sin que nadie se lo dijera; pero aun cuando hubiese permanecido en el cerro ¿no es claro que, luego que el enemigo hubiera iniciado el asalto al convento de la Cruz, el Emperador habría volado inmediatamente á dicho punto, por que lleno de valor y de heroísmo estaba siempre en los puestos de mayor peligro?

Si el enemigo penetró momentáneamente en el panteón de la Cruz,

que queda muy distante del edificio principal, ¿no entré yo mismo en el acto con el bizarro teniente coronel Rodríguez y tropa de su batallón, reconquistamos el panteón, lo guarnecí y quedó asegurado para lo sucesivo? ¿y no era natural que el enemigo eligiese para su ataque los dos frentes que eligió, el uno porque el convento de la Cruz domina á la ciudad y el otro porque conduce al centro de ella? ¿dónde está, pues, eso que Arellano llama tan neciamente coincidencia?

Dice mi detractor que los sitiadores de Querétaro enviaron cuatro ó cinco mil caballos á una distancia de ochenta leguas; lo cual no hubieran hecho á no estar ciertos de que el ejército imperial permanecería á la defensiva en espera de los auxilios que debieran llegarle de México; ¿y qué deduce de esto Arellano? ¿cuál es la consecuencia que saca? En primer lugar, como en Querétaro no se reservaba nada, natural era que el enemigo lo supiese todo por sus agentes de la plaza que se lo comunicarían; así es que llegarían á su noticia las voces de esta especie que corrieron luego que yo salí. En segundo lugar, bastaba que el enemigo hubiese sabido mi marcha á México, para que enviase una columna de observación, á fin de estar al corriente de mis movimientos: esta es una operación militar conveniente y necesaria; de suerte que me admiro de que Arellano, que se llama general, no la comprenda. En tercer lugar, que en la guerra que los sitiadores hacían, estando encerrados los sitiados, ni necesitaban de toda su caballería, ni les hacían falta cuatro mil caballos que por pocos días separaban de su campo para un objeto importante y propio de esta arma, cuando les quedaban otros cuatro mil. Y en cuarto lugar, que aunque se alejaron ochenta leguas, fué siempre siguiendo mi huella, sobre el mismo camino que yo llevaba, siempre en observación mía y prontos para replegarse á su campo, á cualquiera hora que se necesitaran.

Luego dice Arellano "que tomando yo el camino más largo y perdiendo dos días en San Lorenzo, dí tiempo para que Porfirio Díaz tomara á Puebla. Y que á su vez Porfirio me dejó huir en San Lorenzo, mientras eran derrotadas las tropas imperiales." Ya se han visto las razones que tuve para elegir el camino de los Llanos. Ya se sabe que Puebla se perdió al acabar yo de salir de México; de manera que lo mismo hubiera sucedido siguiendo el otro camino, y ya expliqué por qué me detuve dos días en mi marcha, así como que esta detención fué después de la pérdida de Puebla. En cuanto á que Por-

firio Díaz me dejara huir, no fué que él me dejara, sino que yo pude salirme con mis tropas por en medio de las suyas sin ser sentido; pero tan lejos estaba Porfirio Díaz de tener idea tan peregrina, que precisamente lo que quería era lograr mi captura, y para esto mandó cortar todos los caminos y obstruir todos los pasos, y me cercó con sus tropas, á fin de que no tuviese yo por donde escapar y cayera precisamente prisionero para fusilarme. Y ya se vió que luego que se apercibió de mi partida, destacó su caballería en mi alcance, la cual me rompió sus fuegos luego que pudo, y Porfirio repartió sus tropas en todas direcciones, procurando que una parte de ellas saliese á vanguardia de las mías, para impedir mi marcha. Por eso dice Guadarrama en su parte, que "habiendo salido en mi seguimiento con su caballería, alcanzó la retaguardia de mis tropas á la salida del pueblo de San Felipe, y que las fuerzas de su mando batían á las mías con la vanguardia de la primera y quinta columna, hasta el puente de San Cristóbal, donde me ví obligado á abandonar un carro y toda mi artillería gruesa; y desde allí, dice Guadarrama, siguió un alcance vigoroso y una tenaz y bien sostenida resistencia por parte mía, etc. . . ."

Por lo que respecta al hecho de armas de aquel día, que ya tengo explicado, el mismo Arellano ha dicho en su folleto, que no hubo derrota, puesto que todas mis tropas llegaron á México.

Dice Arellano que Porfirio Díaz nunca intentó el asalto de México, á pesar de que contaba con más elementos de los que necesitaba. Y que yo no le batí en detalle á pesar de su posición defectuosa. Tanta necedad me obliga á reproducir lo que respecto de este punto tengo dicho en mi *Manifiesto*. Hélo aquí:

"Se ha dicho después, que el enemigo obró de este modo, calculando que así lograría la rendición de la plaza sin el derramamiento de sangre, necesario en un asalto; pero esto no es cierto, como paso á demostrarlo. En primer lugar, pendiente el sitio de Querétaro, porque Escobedo no podía tomar aquella ciudad, natural y debido era violentar las operaciones del de México para terminarlo cuanto antes y marchar á reforzar á los sitiadores de Querétaro. En segundo lugar, como la guerra es tan caprichosa y la victoria no se debe siempre al valor ó la inteligencia, al número, á la posición ó á los elementos, sino que se alcanza muchas veces por acontecimientos inesperados, se debió considerar como muy posible el caso de que á la hora menos pensada, Escobedo fuese derrotado ó se viese en la necesidad

de levantar el sitio, por no haber ido á auxiliarlo Porfirio Díaz. En tercer lugar, ningún sitiador renuncia voluntariamente la gloria de tomar la plaza que sitia por la fuerza de las armas, ora por medio de un asalto, ora por medio de un ardíd, ora de cualquiera otra manera; pero siempre haciendo alarde de su valor, de su fuerza y de su pericia; y no hay duda en que el que así no lo verifica, es porque teme ser derrotado. Y en cuarto lugar, los sitiadores de México probaron esta verdad con el pedido que por telégrafo hicieron á Escobedo en 5 de junio de 1867, de dos brigadas de infantería *con fuerzas útiles para un asalto*, y esto después de habérseles reunido Riva Palacio, Corona y Aureliano Rivera, cada uno con sus tropas. De suerte que, si ni con todas éstas se resolvían á asaltar la plaza, si no se les mandaban de Querétaro las dos brigadas que pidieron, claro está que mucho menos lo habrían hecho sin ellas; demostrando con esto que si no asaltaron, no fué por evitar el derramamiento de sangre, sino porque estaban seguros de ser despedazados. Inserto á continuación el parte de que acabo de hablar, y su contestación negativa:

“Telegrama de Querétaro para San Luis Potosí, Junio 6 de 1867.—Recibido á las dos y quince minutos de la tarde.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—En este momento, que son las doce y media del día, acabo de recibir el siguiente:

“Línea telegráfica del Interior.—Recibido de Tacubaya en 5 de Junio de 1867.—A las nueve de la noche.

“Ciudadano General Escobedo.—Necesito que mande usted dos brigadas de infantería, *con fuerzas útiles para un asalto*.—*P. Díaz*.

“Lo transcribo á usted, advirtiéndole que para poder salir de aquí con la fuerza que me sea posible, necesito que venga el General Treviño á encargarse de la que deba quedar en esta ciudad.—*M. Escobedo*.

“Telegrama.—San Luis Potosí, Junio 6 de 1867.—A las ocho y veinte minutos de la noche.

“Ciudadano General Mariano Escobedo.—Querétaro.

“En vista del parte telegráfico que me dirigió usted esta tarde, insertando otro del Ciudadano General Porfirio Díaz, ha acordado el Ciudadano Presidente de la República, se sirva usted contestar al Ciudadano General Díaz que por ahora no puede ir ninguna de las fuerzas que están en Querétaro, porque es preciso que permanezcan allí.—*Mejía*.”

De manera que como se ve, si los sitiadores no asaltaron la plaza, únicamente fué porque no pudieron. Y para robustecer todavía más la fuerza de esta verdad, el mismo Arellano dice que el día 15 de marzo, que equivocándose el enemigo con los repiques de la plaza, lanzó sus columnas sobre nuestros parapetos, fueron ametralladas y rechazadas; ¿qué hubiera sucedido en un asalto formal, en que nosotros hubiéramos hecho todos nuestros esfuerzos?

En cuanto á que yo no atacase al enemigo en detalle, demasiado sabido es, que no lo hice porque no pude. Si la fuerza con que yo contaba, no alcanzaba ni para cubrir mi línea, y si por lo mismo no tenía columnas de reserva ¿con qué había de hacer salidas? ¿desguarnecería la línea del Sur, por ejemplo, para llevar sus tropas casi á una legua de distancia, á batir al enemigo por el Norte, dejando abandonada la línea desguarnecida, para que el enemigo la tomase y penetrase por ella hasta el centro de la ciudad, antes de que yo hubiera podido principiar mi ataque? Con el agregado de que para emprender una operación capaz de que pudiese esperar de ella algún resultado favorable, no habría bastado desguarnecer una línea, sino que hubiera sido indispensable desguarnecerlas todas para contar con una fuerza regular, lo cual habría equivalido á entregar la plaza á los sitiadores, que la hubieran ocupado sin disparar un tiro luego que hubieran visto abandonadas sus líneas.

Dice mi calumniador que Porfirio Díaz no aceptó los ofrecimientos de O’Horán para la entrega de la plaza, porque otros compromisos secretos le aseguraban el mismo resultado. Ignoro cuáles sean las razones que haya tenido Porfirio Díaz para no aceptar los ofrecimientos de O’Horán, ni sé si los aceptaría; pero, si no lo hizo así, supongo que ha de haber sido porque no podía tener confianza en ellos; y aun cuando los hubiera aceptado, no habría alcanzado el resultado que se proponía, porque en México no dormíamos, y antes que cualquiera hubiera podido vendernos, lo habríamos pasado por las armas. En cuanto á compromisos secretos, mis cañones y la sangre derramada responden muy alto, que no existió ninguno. Es menester que se desengañe mi detractor, que entre él y yo hay una enorme distancia. Si él es capaz de tales ideas, yo no lo soy; si en su depravado corazón caben sentimientos tan infames, el mío está formado de otra manera, y no caben en él sino sentimientos nobles y dignos. He peleado

en cumplimiento de mi deber, siempre que ha llegado la ocasión; pero jamás he traicionado á nadie, porque soy incapaz de ello.

Yo no podía saber, como dice Arellano, las ejecuciones de Querétaro pocos momentos antes que se verificaran; ¿por dónde ó cómo podía yo saber lo que ignoraban hasta los mismos sitiadores, que tenían á su disposición el telégrafo, que estaban en comunicación con sus compañeros de Querétaro, y que sin embargo no supieron ese desgraciado acontecimiento sino después de sucedido? Tuvo lugar á las siete de la mañana ¿á qué hora podía yo saberlo? ¿á la madrugada? ¿me pondrían un telegrama de Querétaro avisándomelo? ¡Arellano! ¡Arellano! ¿es usted tan pícaro como estúpido! Véase en mi *Manifiesto* la situación de México en aquel día, y allí se encontrará que si me separé del gobierno en aquella fecha, fué porque no era posible continuar un momento más.

Por más que me propongo no decirle tanto á Arellano, él mismo me pone en el caso de hacerlo á cada momento. Dice ahora "que establecidos los preliminares de la rendición de México con el general Tabera, y después de mi desaparición, no hubo ni una sóla palabra, ni una exigencia respecto de mí, á pesar de ser tan odiado;" ¿pues qué exigencia podían tener los sitiadores ni el gobierno de Juárez, cuando ya se sabía que me habían de fusilar luego que me encontraran? ¿ni cómo podían imponer condiciones, cuando no había capitulación? ¿qué quería Arellano que le hubiera dicho Porfirio Díaz á Tabera: ó me entrega usted á Márquez ó lo fusilo? Tabera habría contestado en el acto, sin vacilar: fusíleme usted: ¿qué más podía haber dicho el sitiador? ¿pasaré á cuchillo toda la guarnición? Mis compañeros todos, del primero al último, habrían puesto sus cuellos para recibir la muerte; pero no me hubieran entregado, porque son tan caballeros como valientes. Ignoro si el sitiador tuvo alguna exigencia respecto de mí; pero si no la tuvo, es decir que, más decente que Arellano, conoció mejor á los defensores de México, y haciéndoles toda la justicia que merecen, no lo intentó. Supo muy bien lo que tenía que hacer, que era buscarme empeñosamente, y así lo hizo luego que entró. Ahí está el santuario de los Angeles que se inundó de tropa buscándome por tres días consecutivos hasta debajo de la tierra en los sepulcros y en los nichos de los muertos; haciendo hincar á cada momento á los eclesiásticos de aquel santuario para fusilarlos, porque no descubrían donde estaba yo; lo cual no podían hacer, porque no

lo sabían: ahí está la multitud de casas que se catearon después en México con el propio objeto: ahí están los muchos espías de la policía, repartidos para lo mismo en toda la ciudad: sabido es que se dieron inmediatamente órdenes repetidas y terminantes á las autoridades para que se vigilasen todos los caminos, y se estableciesen partidas de caballerías en todos ellos con ejemplares de mi fotografía á fin de que examinasen escrupulosamente á todos los transeuntes, para que yo no pudiese escapar por ninguna parte. Y todos en México vieron desaparecer á mi familia que permaneció rigurosamente oculta seis meses, llena de privaciones y padecimientos, cuyo sacrificio tuvo necesidad de hacer para que la policía no pudiese encontrar ni el menor indicio que le diese idea del lugar de mi residencia.

En cuanto á la queja que emite Arellano, porque la guarnición de México fué tratada como prisionera de guerra, mientras que la de Querétaro sólo encontró la muerte y las galeras, carece absolutamente de razón. Si los defensores de la capital hubiesen tenido mejor suerte que los de Querétaro, lejos de ser un motivo para esa queja que tan perfectamente pinta el alma negra de Arellano, sería un motivo de regocijo, para todo el que tenga un corazón noble y sensible; pero no fué así: los prisioneros de México * fueron sometidos á las disposiciones generales que se dieron para unos y para otros; estuvieron presos en la capital, en la fortaleza de Perote y en otros puntos: sufren hasta el día su destino, y se mueren de hambre desterrados en el extranjero, todos los militares y paisanos á quienes cupo esta suerte por haber servido en el ejército, ó por haber ocupado puestos públicos: murieron sin volver á ver á su patria personas muy distinguidas por su elevado mérito, como el general Almonte, los señores Lacunza, Marín, Terán, el obispo Ramírez y otros. Si en Querétaro fusilaron al Emperador, á mí también me hubieran fusilado en México si me hubiesen encontrado; y si en aquella ciudad se fusilaron á Miramón, á Mejía y á Méndez, también en la capital se fusilaron á Vidaurri y á O'Horan; ¿dónde está la diferencia? Finalmente ahí estan todos mis compañeros sufriendo todavía las consecuencias del destino con todos sus horrores; ¿aun no está satisfecho Arellano? ¿todavía quiere más?

Respecto de la casualidad de que Porfirio Díaz fuese á Veracruz

* Véase en el apéndice, *Los traidores después del sitio de México.*

para embarcar sus tropas destinadas á Yucatán, al mismo tiempo que yo me dirigía á dicho puerto, ya tengo explicado que bastante me perjudicó ese acontecimiento que habría retenido mi salida de México, si hubiera yo tenido la menor noticia de él.

Es tan infame mi calumniador, que al mismo tiempo de dar por cierta la existencia de mi supuesta traición, sentando por base el acuerdo que supone entre los republicanos y yo; y á la vez de herirme, infiriéndome la ofensa que más lastima, declara él mismo que no sabe si existió ó no dicho acuerdo. Dice en un párrafo: *Si existía este acuerdo, etc.* Y á las cuatro líneas asienta: *Si no hubo acuerdo, etc.* Pues si no lo sabe, ¿por qué me calumnia?

Después sigue una serie de reflexiones tan absurdas como todo el folleto, llenas de imprecaciones que más que á mí ofenden al que las escribió, porque ponen en relieve su odio enconoso y lleno de saña, y que terminan con estas palabras del Señor que dice me acompañarán siempre atravesando la historia en mi seguimiento: *Caín, ¿que has hecho de tu hermano?* No quiero contestar á esas imprecaciones, por no descender hasta el grado de ponerme á tú por tú con quien no es digno de dirigirle la palabra. No es Dios quien me dirigirá esa exclamación, porque demasiado sabe mejor que todos, que lo que hice fué defender á mi Soberano hasta después de su muerte y hacer todos mis esfuerzos por salvarle; y que lo habría salvado sino hubiera habido genios díscolos, envidiosos, presuntuosos y malvados, como Arellano, que se empeñaron en perderlo. Pasarán los tiempos que vamos atravesando: otros vendrán, y entonces, cuando la justicia pueda caer con toda la fuerza de su omnipotencia sobre los criminales, en vez de ser Dios quien me pregunte como á Caín ¿qué has hecho de tu hermano? Será un consejo de guerra el que pregunte al comandante general de la artillería de Querétaro ¿qué hiciste de tu Soberano? ¿dónde están los cañones que se te confiaron? ¿por qué te dejaste sorprender? ¿por qué dejaste perder todo sin saber cuándo, cómo, ni por qué? ¿por qué no te moriste de vergüenza cuando los enemigos para hacerte prisionero te fueron á despertar en la cama en que dormías, después de haber perdido todo sin saber nada? ¿por qué huiste cobarde y miserable, como ladrón ratero, por las azoteas, y te escondiste luego hecho un cuitado mientras que fusilaban á tu Emperador y á tus generales, que morían llenos de valor y de heroísmo, abandonados por tí, en quien habían puesto su confianza? ¿por qué

después de haber engañado en Querétaro al Emperador y su ejército, hasta perderlo, en unión de tu patria, fuiste luego á México, é introduciéndote allí, furtivamente como el genio del mal, mintió cual de costumbre tu lengua viperina, é indujo en error al gobierno de S. M., á los defensores de aquella plaza y á la población entera, impidiendo con esto que se publicase la abdicación del Monarca y ocasionando desde aquella fecha hasta el último día, el derramamiento de la sangre de valientes, que gota á gota cae sobre tu cráneo asqueroso é inundo? ¿por qué, en fin, te fuiste luego á dos mil leguas de distancia, para esconderte como un cobarde, donde estuvieras seguro de la impunidad; calumniaste desde allá á quien nunca podrás probar nada malo; y escribiste palabras que jamás te atreverás á decir cara á cara?

Ultimas palabras.—¡Arellano traicionó al Emperador!

Así titula Arellano el último capítulo de su libelo compuesto sólo de necedades que no vale la pena de ocuparse de ellas.

Dice que va á refutar mi *Manifiesto*. Que haga lo que guste; bien puede escribir cuanto quiera: ni aumento ni quito una sola letra y me ratifico en cuanto tengo dicho. Advierto sólo que no he escrito para justificarme, porque no tengo de qué, sino únicamente para aclarar la verdad de los hechos que tergiversan los que los ignoran ó se han propuesto calumniarme.

Se empeña en deificar á Miramón ensalzando sus glorias: no me opongo, y antes me alegro de que hable tan bien de un amigo á quien tanto quise. ¿Pretende probar, que fué el primer general de México? No hay obstáculo por mi parte; lo único que debe sentirse es que su panegirista sea Arellano. ¿Qué pretende además probar? ¿qué yo he sido el peor de todos? Convenido: jamás he tenido pretensión alguna; siempre me he considerado el último de mis compañeros, y le doy las gracias á Arellano por su calificación: peor sería que me prodigara elogios: tengo muy presente aquella máxima de Iriarte, que dice:

¡Si el sabio no aprueba, malo!

¡Si el necio aplaude, peor!

Quando escribí en mi *Manifiesto* la palabra *invasión*, al hablar de la intervención francesa, no fué porque yo la calificara de ese modo,